

PAPELES DE SON ARMADANS

AÑO IX

TOMO XXXII. NÚM. XCIV

Revista mensual dirigida por Camilo José Cela

Kennedy en Fuenteovejuna.

EL TALLER DE LOS RAZONAMIENTOS

M. CABALEIRO GOÁS: *La angustia del hombre de hoy.*

EL HONDERO

ERNESTO CARDENAL: *Siete salmos.*

ALBERTO GIRRI: *Poemas.*

JUAN LECHNER: *Carta a Castilla.*

PLAZUELA DEL CONDE LUCANOR

SERRANO PONCELA: *Un día para las lilas.*

EL DEPÓSITO DE LAS ACCIONES ESPAÑOLAS

PABLO DE AZCÁRATE: *La fundación Sierra-Pambley.*

YUNQUE DE TINTA FRESCA

SERGIO VILAR: *Las tribulaciones de un arbitrista a lo divino.*

TRIBUNAL DEL VIENTO.

NUEVAS ESCENAS MATRITENSES

C. J. C.:

VIII, Cagarrache o el sueño de una noche de primavera.

LA ATALAYA Y EL MAPA.



Madrid - Palma de Mallorca

Enero, MCMLXIV

siesta. Adormecido. La inspiración no tiene horas.
Do mi ti la. Placeres domésticos. Refugio de penas.
Hogar, dulce hogar. Regresemos. Necesitaré justificar
mi brusca salida.

*dopo la matina
din dan
dopo la matina
din don dan*

SERRANO PONCELA

*Universidad Central de Venezuela.
Facultad de Humanidades.*

EL DEPÓSITO DE LAS ACCIONES ESPAÑOLAS



La historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir.

CERVANTES

PABLO DE AZCÁRATE:
La fundación Sierra-Pambley

La fundación Sierra-Pambley

I

El Fundador

Don FRANCISCO FERNÁNDEZ BLANCO DE SIERRA-PAMBLEY, DE vieja estirpe leonesa, nació en Villablino, uno de los lugares más pintorescos de la Montaña de León, el 24 de abril de 1827. Su padre, don Marcos Fernández Blanco, era un hacendado hidalgo de la ribera del Orbigo. Su madre, doña María, era hija de don Felipe de Sierra-Pambley, Secretario de Despacho de Hacienda bajo Fernando VII durante el período constitucional entre 1820 y 1823. Tuvo don Francisco (o don Paco, como familiarmente le llamaban sus amigos), un hermano, don Pedro, y una hermana, doña Victorina. Don Pedro murió joven de una caída de un caballo. Doña Victorina, después de un intento frustrado de matrimonio con un hermano de su madre, don Segundo de Sierra-Pambley, rompió con su tío y sus hermanos y se casó con un pariente del célebre político don José Posada Herrera. Como consecuencia de este desengaño, don Segundo, no sólo renunció para siempre a todo proyecto matrimonial, sino que se dejó dominar por una furiosa misoginia que transmitió a sus dos sobrinos, y muy especialmente a don Francisco. Éste, nuestro fundador, murió soltero, en Madrid, el 15 de enero de 1915, a los 88 años de edad.

Don Segundo Sierra-Pambley, a su muerte, ocurrida en Madrid en el año 1873, dejó por únicos y universales

herederos de su cuantiosa fortuna a sus dos sobrinos don Francisco y don Pedro, desheredando a su sobrina, sin duda como castigo por haber rechazado su proposición matrimonial, si bien imponía a sus herederos la obligación de dejarla seguir ocupando libremente, hasta su muerte, la casa en que vivía en León. Esta fortuna que volvió a reunirse en manos de don Francisco a la muerte de su hermano don Pedro, juntamente con el patrimonio paterno, estaba formada, aparte de los valores mobiliarios, que sin duda eran muchos y escogidos, de cuatro casas situadas en Madrid, León, Villablino y Hospital de Orbigo, de una ganadería compuesta de dos mil cabezas de ganado lanar y una yeguada, y de una considerable propiedad territorial distribuida en las tres áreas siguientes: el valle de Lacedana y las montañas de Babia, en las cuales, al pie de Peña Uniña, se encontraban sus «puertos» o pastos de verano de su ganadería; la ribera de Orbigo, donde radicaba el patrimonio de su familia paterna; y, en fin, dos espléndidas dehesas en la provincia de Zamora, a orilla del río Esla, cerca del antiguo Monasterio de Morerueta de Távara en las que sus rebaños y yeguada pasaban la invernada.

La casa de Madrid, situada en la calle de Ferraz, no merece mención especial, tanto más cuanto que ha desaparecido. La de León, frente a la Catedral, es una típica casona leonesa de dos pisos, con amplia puerta cochera de dintel de piedra y zaguán empedrado. Lo más notable de su interior es el piso primero que don Segundo amuebló lujosamente, a mediados del siglo xix, en vista de su proyectado matrimonio con su sobrina,

y que desde entonces quedó cerrado, sin que nadie haya vuelto a habitarlo, ni apenas entrar en él; circunstancia gracias a la cual puede asegurarse que las habitaciones que lo componen, típicamente «isabelinas» por su mobiliario y su decoración, se encuentran hoy exactamente como estaban cuando hace un siglo decidió don Segundo cerrarlas; decisión que fue religiosamente respetada por su sobrino don Paco, y desde su muerte por el Patronato de la Fundación. La casa de Hospital de Orbigo constituye un ejemplar acabado de rica casa solariega del siglo xviii, con un magnífico mobiliario de época, un romántico huerto de árboles frutales y todas las dependencias propias de una instalación a la vez señorial y campesina. En fin, la casa de Villablino, la «Casa Sierra» como se la conoce en el país, en contraste con la de Hospital de Orbigo, se presenta como una modesta casa hidalga montañesa, con su sencillo mobiliario de enea, en su mayor parte, la obligada solana sobre el patio al cual rodean las cuadras y en uno de cuyos ángulos se alza el indispensable y característico hórreo.

Era don Paco de pequeña estatura, de pulcritud extrema, austero hasta la exageración, de una sobriedad a toda prueba y de un carácter en el que se combinaban de manera perfectamente armónica la familiaridad y el señorío, sin caer jamás ni en la vulgaridad ni en el orgullo. El invierno lo pasaba en su casa de Madrid. En la primavera, cuando llegaba la época del esquileo de las ovejas, se trasladaba a sus dehesas y pasaba cuatro semanas instalado en una habitación de la casa de los guardas, más austera y desnuda que la celda de

un cartujo. Terminado el esquila, y cuando los rebaños emprendían su marcha hacia los «puertos» de Babia, don Paco se instalaba en su casa de Hospital de Orbigo, en la que esperaba su paso hacia las montañas leonesas. El mes de junio lo pasaba en León, y los de julio y agosto en Villablino. En el otoño volvía a hacer, en sentido inverso, el mismo recorrido de la primavera, a saber: León, Hospital de Orbigo, donde veía pasar a los rebaños de vuelta a sus pastos de invierno; las dehesas de Zamora hasta que les dejaba instalados en sus apriscos para la invernada; y allá para primeros de noviembre retornaba a su casa de Madrid, coincidiendo con el principio de la temporada de ópera en el Teatro Real, que seguía fielmente.

De honda raigambre liberal y republicana, habiendo militado desde muy joven en las huestes dirigidas por don Manuel Ruiz Zorrilla, volteriano, de espíritu progresivo y abierto a todos los adelantos e innovaciones tratándose de cosas públicas y generales, era don Paco Sierra, en cuanto se trataba de sus asuntos personales, la encarnación misma del respeto ciego al pasado, de la oposición sistemática a todo cambio, por mínimo que fuera, a nada de lo que había recibido de sus antepasados, y en especial de su tío don Segundo, hacia cuya memoria rindió durante toda su vida un verdadero culto; en una palabra, el hombre más rutinario y apegado a lo existente que puede imaginarse. Aunque en los últimos años de su vida el automóvil estaba ya incorporado a la vida diaria, nunca quiso utilizarlo para sus viajes, y hasta su muerte continuó haciendo

en coche de caballos los de León a Villablino y a Hospital de Orbigo (80 y 40 kilómetros, respectivamente). Su único equipaje consistía en un viejo estuche de píldoras homeopáticas (que nunca tuvo ocasión de tomar por la sencilla razón de que nunca estuvo enfermo), y en cada una de sus casas ajustaba su indumentaria y régimen de vida a unas normas inmutables que la tradición había establecido, probablemente desde los tiempos de don Segundo. Así por ejemplo, mientras en Madrid usaba siempre sombrero de copa y comía, como se decía entonces, «a la francesa», es decir, el almuerzo entre diez y once de la mañana y la comida entre cinco y seis de la tarde, en León comía a las dos y cenaba a las diez de la noche; y en Villablino, además de la particularidad de no usar corbata, no hacía más que una sola comida, a mediodía, y tomaba al despertarse y al acostarse un gran vaso de agua fría. Sus ideas volterianas y su indiferencia religiosa no escandalizaban a nadie en la Montaña de León donde ocurría con frecuencia que un solo párroco servía varios pueblos, con lo que la regularidad de la misa y otros actos religiosos dejaba mucho que desear. En Villablino no había más que una capilla de fundación particular, consagrada, si mis recuerdos no me engañan, a San Roque, en la que el párroco del próximo pueblo de San Miguel decía una misa el día del Santo que salvo error se celebra en el mes de agosto; misa a la cual asistía don Paco, que invitaba después al sacerdote a almorzar con él en su casa. Además de esta capilla había en Villablino otra en la «Casa Sierra», en la

cual don Paco hacía decir una misa todos los años no sé si la víspera o el día siguiente al de Navidad. Después de su muerte, en el año 1915, el Patronato de la Fundación siguió sufragando esta misa que, sin interrupción, se celebró todos los años hasta su disolución «manu militari» en 1936. Ignoro si el nuevo Patronato presidido, como se dirá más adelante, por el Obispo de la Diócesis, ha cuidado de mantener viva esta venerable tradición.

Con su respeto a lo establecido en cuanto atañía a su persona y vida privada, se combinaba en don Paco un constante esfuerzo, como él decía un poco irónicamente, a «castigar el cuerpo». Manifestaba una especie de repulsión a cuanto pudiera significar comodidad o «comfort». Nunca se sentaba en un asiento cómodo y confortable y en Villablino recuerdo verle pasar horas enteras sentado en una dura e incómoda silla de enea, sencillamente porque era la silla que su madre había usado para su costura. En los viajes, ya fueran en tren o en coche de caballos, nunca se movía de su sitio por larga que fuera su duración; ni se quitaba el sombrero hongo, un poco más alto que los corrientes, que solían llevar algunos señores en aquella época, y que Churchill puso otra vez de moda en tiempos más recientes; lo que le obligaba a mantenerse erguido y derecho sobre su asiento y sin dormir, cosa que jamás hubiera consentido hacer delante de gente. En Madrid se negó sistemáticamente a utilizar los ascensores, aunque la persona que visitara habitase un cuarto piso.

II

La Fundación

En su precioso libro *Viaje por las escuelas de España*, publicado en Madrid en el año 1925, y en el que se recogen una serie de artículos aparecidos en el diario *El Sol*, el gran periodista y escritor don Luis Bello hace detallada y elogiosa referencia a la Fundación Sierra-Pambley. Empieza el señor Bello por subrayar el interés que tradicionalmente ha mostrado la provincia de León por la enseñanza, y a este propósito hubiera podido citar un artículo de don Gumersindo de Azcárate, en el periódico de León *La Democracia*, en el que figuran muy curiosos datos a este respecto.* Pues bien, respondiendo, sin duda, a esa gloriosa tradición de su

* Según dicho artículo, en el año 1877, el 16 % de los electores de la provincia de León eran analfabetos, (menos que en los antiguos Estados esclavistas de los Estados Unidos); esa proporción era en la Montaña (partidos judiciales de La Vecilla, Murias de Paredes y Riaño) de 3 %, (inferior a la del Estado de Nebraska que era el que la tenía más baja en toda la Unión); en trece Ayuntamientos rurales, todos los electores sabían leer y escribir; siendo el promedio del número de escuelas en cada provincia de España de 500, la de León contaba en el citado año de 1877 con 1.316, a las que asistían 38.123 alumnos; sólo la de Oviedo ofrecía cifras más altas, cosa explicable si se tiene en cuenta que su población era de 570.000 en números redondos, mientras que la de León apenas pasaba de 350.000.

provincia, don Francisco Fernández Blanco de Sierra-Pambley, con el exceso de sus rentas, (porque tocar el capital hubiera sido a sus ojos el mayor de los sacrilegios), fundó cuatro escuelas en la provincia de León y una en la de Zamora. Su amigo de toda la vida, don Gumersindo de Azcárate, fue su consejero en todo lo relativo al aspecto legal de esta fundación. Y por indicación suya fueron llamados en consulta don Francisco Giner de los Ríos y don Manuel B. Cossío para todo lo concerniente al aspecto pedagógico y educativo.

Se inició esta meritoria obra cultural con la creación en Villablino, en el año 1886, de una escuela de enseñanza mercantil y agrícola, dedicada a perpetuar la memoria de don Segundo de Sierra-Pambley. Al año siguiente se instituyó esta escuela como Fundación benéfico-docente a cuyo efecto se otorgó la oportuna escritura pública ante el notario de Madrid don José Gonzalo de las Casas, el 21 de abril de 1887, fijando los bienes muebles e inmuebles que quedaban asignados a la Fundación para el sostenimiento de la escuela, nombrando patronos de la Fundación, en unión del fundador, a don Gumersindo de Azcárate y a don Manuel B. Cossío y disponiendo que el Patronato debería tener siempre designada la persona que había de sustituir a cualquiera de ellos en caso de muerte, renuncia o incapacitación. La Fundación fue aprobada, reconociéndose personalidad jurídica al Patronato, por Real Orden del 11 de enero de 1888, que lleva al pie la firma del entonces Ministro de Fomento don Carlos Navarro Rodrigo.

A esta escuela de Villablino siguieron, diez años

más tarde, en el de 1907, otras cuatro, a saber: una, en Hospital de Orbigo de ampliación de instrucción primaria y de agricultura; una escuela industrial de obreros, en León, con una sección de ampliación de instrucción primaria para niños; y dos escuelas de ampliación de instrucción primaria, respectivamente, en Villameca y en Moreruela de Távara, esta última en la provincia de Zamora. Por escritura pública otorgada ante el notario de Madrid don Luis Sagrera, el 11 de mayo de 1907, estas cuatro escuelas quedaron fundidas, con la de Villablino, en una misma Fundación con el mismo nombre «Sierra-Pambley» y dirigida por un Patronato compuesto de los mismos antiguos patronos designados en 1877, más dos nuevos: don Germán Flórez, leonés, profesor de la Institución Libre de Enseñanza, y don Juan Flórez Posada, leonés también, sobrino del Fundador y Director de la Escuela Central de Ingenieros Industriales de Madrid.

Como era de esperar, dado el profundo buen sentido del Fundador, y la alta calidad de los consejeros de que se rodeó, las escuelas funcionaron desde el primer momento con gran eficacia y regularidad. La industrial para obreros, de León, se especializó en la formación de carpinteros y herreros y bien puede decirse que ella proveyó, no sólo a la capital, sino a toda la provincia, de los elementos mejor preparados en esos dos oficios. La agrícola de Hospital de Orbigo desempeñó un papel preponderante en la introducción del cultivo de la remolacha en toda la ribera del Orbigo, base de la importante industria azucarera que tanto contribuyó a la prosperidad

económica de toda la región. En fin, la mercantil y agrícola de Villablino, se consagró muy pronto, por iniciativa y bajo la impulsión de su eminente director don Juan Alvarado y Albó, al desarrollo de las industrias lecheras, y sin caer en exageración puede considerársela como la cuna de la industria mantenera de España.

A su muerte, en el año de 1915, el Fundador dejó la casi totalidad de su fortuna a la Fundación, lo que representó un incremento muy substancial de sus ingresos, disponiendo que sus tres casas de León, Hospital de Orbigo y Villablino sirvieran de alojamiento a los patronos en las frecuentes visitas que les rogaba hicieran a las escuelas. Bajo la presidencia de don Gumersindo de Azcárate, el Patronato realizó una serie de importantes mejoras en las escuelas, entre las que merece citarse la instalación de un taller mecánico de carpintería y la introducción de perfeccionamientos modernos en el de herrería, en la escuela de León. Y cuando dos años más tarde, en diciembre de 1917, murió Azcárate, sus testamentarios pusieron a la disposición del Patronato su biblioteca para que sirviera de base a la creación en la escuela de León de una biblioteca pública. El Patronato, en cuya presidencia había sustituido a Azcárate don Manuel Cossío, aceptó el donativo y procedió inmediatamente a la instalación de la biblioteca pública y circulante que bajo el nombre de «Biblioteca Azcárate» viene desde entonces funcionando con gran provecho para el público leonés aficionado a la lectura.

En el verano de 1936, la guerra civil causó gravísima crisis en la vida de la Fundación. Ignoro cuál fue el

pormenor de la operación, y sus fundamentos legales (si es que los tuvo), pero el hecho es que el Patronato, presidido a la sazón por don José Manuel Pedregal y del cual formaban parte don Leopoldo Palacios, don Juan Uña, don José Ontañón y el autor de estos apuntes, fue disuelto y reemplazado por otro presidido por el Obispo de la Diócesis y compuesto de autoridades y funcionarios locales, entre los cuales figuran, si mis informes son exactos, el Gobernador Civil, el Delegado de Hacienda, el Director del Instituto de Segunda Enseñanza, etc. No es ésta la ocasión de analizar ni la legalidad de esta medida, ni sus méritos o deméritos, pero sí creo poder afirmar, sin temor a equivocarme, y con todo respeto para las personalidades que han formado, forman o puedan formar aún el Patronato, que jamás hubiera podido imaginarse nada más radicalmente contrario al espíritu, a la intención y al deseo del Fundador, como poner sus escuelas en manos de un Patronato compuesto de representantes de la Iglesia y del Estado.

En el mes de julio de 1963 he tenido ocasión de visitar la escuela y la casa de León y debo decir en honor de la verdad que las encontré en condiciones razonablemente satisfactorias, si se tiene en cuenta el tiempo transcurrido y las vicisitudes por las que la Fundación ha atravesado durante el último período. En la casa no se han introducido alteraciones importantes ni irremediables, si bien su entretenimiento deja bastante que desear. La escuela funciona con normalidad, habiéndose creado un nuevo taller de radio, lo que constituye una mejora muy positiva. Y la Biblioteca

Azcárate sigue abierta y prestando sus beneméritos servicios al desarrollo cultural del pueblo leonés.

Nada puedo decir de las otras escuelas y casas porque no he tenido ocasión de visitarlas; pero no hay motivo para pensar que su estado actual no sea aproximadamente el mismo que el de la escuela y casa de León.

PABLO DE AZCÁRATE

19, rue Ferdinand Hodler.
Ginebra.

YUNQUE DE TINTA FRESCA

